



Una gitana de blanco uniforme

Yolanda se enfrentó a toda su familia para estudiar Enfermería

■ R. G. L.

LOGROÑO. Ha luchado tanto por labrar su destino que prefiere mantener en el anonimato su rostro y su nombre. «Pon otro nombre, por favor. ¿Yolanda? Vale».

Pues eso, Yolanda es una joven gitana que hace un año salió de la UR con su título de Enfermería después de una carrera, no la universitaria, plagada de obstáculos. Una lucha que comenzó años atrás en el colegio San Francisco.

«Estudié aquí hasta Sexto y luego me cambié a otro colegio porque mi familia se mudó. La cultura gitana no tiene interiorizado que hay que estudiar y dejan a los niños en el colegio porque es obligatorio, na-

die les inculca que tienen que leer, hacer los deberes, nada. Eso es un problema para los niños porque se limitan a estar y punto y cuando acaban lo obligatorio ya no siguen, sobre todo en el caso de las mujeres, que se da por hecho que tienen que quedarse en casa cuidando de los suyos, casarte súperjoven, tener tus hijos y dedicarte a tu hogar».

«De hecho», relata, «a mí me iban a sacar del colegio a los 12 años, pero como en el nuevo había Primero y Segundo de la ESO, me empeñé en seguir y me fui interna a La Laboral. Desde luego, bien vista no era entre los míos. Pero yo, pese a tener a la familia en contra, seguí porque lo tenía claro desde pequeña. Cuando estaba en el colegio San Francisco soñaba con convertirme de mayor en profesora, luego pensé en ser fisioterapeuta, pero antes de acabar Segundo de Bachiller me

decidí por Enfermería. En Bachillerato la familia ya no estaba en contra, aunque tampoco me ayudaban, pasaban de mí y seguía sin estar bien vista. Pero en vez de rendirme, me matriculé en la Universidad. Como la familia tampoco me podía ayudar económicamente, me puse a trabajar durante tres años de camarera y luego, los veranos, de auxiliar de Enfermería, hasta que acabé la carrera el año pasado. Ahora los míos lo han asumido, se han acostumbrado a cómo soy, pero la cultura gitana es muy dura cuando eres mujer. Ahora sí que están contentos de lo que he conseguido, orgullosos de mí, pero mientras tanto, ni una ayuda ni un apoyo». En resumen: «Todos en contra».

«Yo estoy feliz, he estado trabajando en lo mío y me encanta, ahora voy a opositar y el año que viene voy a estudiar para ser matrona. Tengo muchos hermanos y muchos primos, pero mi infancia real está en este colegio, el San Francisco, aquí todos me querían y el cambio al otro centro fue muy duro porque allí éramos los raritos y estuvimos al principio muy discriminados, la sociedad discrimina mucho», remata.